

15 de junio: Ramón López Velarde

Juan José Arreola

La suave patria debe leerse como una partitura musical cuyas melodías, ritmos, disonancias, estrépitos y pianísimos, crescendos y largos entendemos a primera vista si nos volvemos caja de sinceras y cabales resonancias. Para interpretar el poema, cada uno debe volverse el solista de su propio instrumento, como dijeron mis maestros de declamación, ya se llamen Emilia Vázquez, Fernando Wagner, Louis Jouvet o Jean Le Goff. Pero debí comenzar diciendo que fue allá, en Zapotlán y en 1930, creo que por el mes de junio y cuando la milpa está ansinista de grande: "Mañana vas a recitar este poema, apréndetelo ahora mismo de memoria". Así me dijo mi padre al darme un viejo ejemplar de *Revista de Revistas*: a doble página vi *La suave patria* publicada por primera vez para el gran público, ya que antes sólo apareció en *El Maestro*, revista idónea, creada por Vasconcelos cuando fue ministro de Educación. En medio del marco tipográfico que le hicie-

ron los formadores de *Revista de Revistas* venía el retrato del poeta: Ramón López Velarde de perfil. Mi padre le tuvo predilección desde que lo conoció en Guadalajara, cuando mi tío José María pronosticaba los temblores del Volcán de Colima, y Ramón lo defendió contra la furia anticlerical del gobernador Robles Gil. Mi padre y el poeta nacieron en el mismo año de 1888, y tienen para mí la misma cara: un biotipo de mestizos sonrosados y trigueños, con el mismo recorte de bigotes, cuello de pajarita, mancuernilla de plata dorada, trajes rigurosos, zapatos de botones en dos vistas de oscaría y de charol; polainas, guantes y bastón en cada día de domingo, a la salida de misa de doce, esperando a las muchachas divertidamente endominadas...

—¿Pero cómo voy a decir estos versos? (Yo sólo había recitado hasta entonces breves y cándidos poemas.)

—Como si los hubieras escrito tú mismo.

—Pero si hay muchas cosas

que no entiendo...

—Ni yo tampoco. Ni creo que López Velarde.

Lo cierto es que me pasé todo el día leyendo, estudiando y repitiendo los versos sueltos y las estrofas del poema. ¿Saben dónde? Sentado al volante atril de un automóvil estacionado en el corredor, ante la puerta de la cocina, la que daba al patio, y que mi padre utilizaba como unidad motriz para todas sus labores domésticas de molienda. Una de las llantas traseras, alzada sobre un gato de ladrillos, servía de polea distribuidora y hacía girar los molinos de la casa, el de nixtamal, el de café y de chocolate, el de la canela y el del pinole...

Mientras en la cocina ardían hornillas y fogones dispuestos alrededor de un gran brasero central, y mientras se torteaban las tortillas en ese aplauso de manos enjuagadas en machihuis de barro colorido, y mientras palpitaban todos los hervores de los caldos y las sopas, y mientras chirriaban las carnes asadas y fritas, y en los casos de

cobre, lenta y acompasadamente meneados, se iba solidifican- do la leche de los jamoncillos y chiclosos, y se espesaba la pasta de duraznos y membrillos y guayabas, y se redondeaban en miel los tejocotes, y se ovalaban los higos y las peras, y rezumaban sus aromas y sabores distintos los membrillos, las manzanas y los camotes y las calabazas, yo repasaba las estrofas de *La suave patria* en compañía de mi hermana mayor, Elena, la que me enseñó a saborear cada palabra de Ramón como si cada vez fuera la mejor de todas las golosinas de este mundo.

A la mañana siguiente, Elena me tomó entera la lección y era cierto: yo me sabía en 1930, a los doce años de edad, pero antes de cumplirlos, *Suave patria* de memoria, esa lección de amor que todavía repito sin entender: la de que debo amar a México, a pesar de que se me quiten las ganas de hacerlo al darme cuenta de lo que soy: un mal hijo, como casi todos ustedes.

Finalmente, recité *Suave patria* por entero, y de memoria,

este poema que ahora trato de leer, de todo corazón, para ver si llego a entenderlo. Por de pronto, y antes de saber lo que hacía y lo que decía, recité el gran poema en la inauguración del monumento a don Gordiano Guzmán, un supuesto héroe local.

Lo cierto es que recité *Suave patria* a voz en cuello a la mitad de una plaza pueblerina. Pero es más cierto todavía que mi hermana Elena estaba escondida detrás del monumento, no mayor que su estatura, pero invisible entre guirnaldas de papel de china, ramos de laureles silvestres y palapas tropicales en lugar de palmas de victoria. Con el texto en la mano, mi hermana me siguió palabra por palabra a lo largo del poema, como la red que protege en el circo la caída del alambriista. Pero no me caí. Elena me iba diciendo, como se lo dice a la orquesta un gran director, lo que verdaderamente hacía falta decir: "Haz una pausa, despacio, más aprisa, más alto, no grites, dilo como si estuvieras diciendo lo que más te gustaría decir. Ahora viene lo

de Cuauhtémoc. Quédate callado, como si se te olvidara lo que sigue. O más bien, porque no tienes fuerzas para decirlo. Pero ahora dilo, no te queda más remedio, pero muy lento, muy despacio, muy profundamente, como si estuvieras hablando desde el fondo de un pozo, esto es, más allá de ti mismo." Yo me quedé callado, oyendo a mi hermana, pero de pronto comencé a decir con una voz que ahora me parece sobrenatural porque la estaban oyendo, en esa mañana única en mi vida, las señoras y los señores de mi pueblo, las autoridades civiles y militares, y todos mis compañeros de escuela, y todas, toditas las niñas y las muchachas y las señoritas del Zapotlán de nuestro entonces. Y dije, como si tocara la más cordial, la más profunda, la más dulce y sensible de mis cuerdas: "Yo que sólo canté de la exquisita partitura..."





Los años locos de Berlín

El Berlín de los años veinte, que son los de la República de Weimar y el irresistible ascenso del fascismo, se ha convertido en símbolo de nuestro siglo, un excitado y excitante sueño de la historia moderna. Recientemente, la fascinación por ese Berlín ha cobrado nuevo impulso. Tiempos de crisis, incertidumbre, inflación, inmediatez. En 1931, Alexandre Arnoux escribe que allí la circunstancia “parece obligar a los hombres a no tener en cuenta ya la duración, a emplearse más allá de cualquier límite en el trabajo y el placer, a apurar hasta el fondo la parte del ocio, del ahorro, del sueño”.

Los ensayos que aquí se publican son participes de esta nueva fascinación por Berlín y sus mundos. José

Jiménez sigue los hilos del pensamiento filosófico que se respiró en esos años en que la vida se vivía como un loco azar. El brillante y abigarrado ensayo de Fritz J. Raddatz, publicado originalmente en el número 22 de la revista valenciana *Debats*, opone las iluminaciones intelectuales y artísticas que florecieron simultáneamente en esos años de caos creativo. “¿Qué es una época de esplendor? —se pregunta Elías Canetti en sus memorias, refiriéndose a ese Berlín—. Una época con muchos grandes nombres, muy próximos unos a otros, en la que ninguno asfixia a su vecino aunque combatan entre sí. Lo importante ahí es el contacto diario y permanente, los golpes que el esplendor es capaz de recibir sin extinguirse”.